



La brújula busca
la esquina del mundo.
No es una naranja,
sino una caja, casa
de sirenas desnudas,
viajeros con arena en la voz.

De esa agua no se bebe,
con sal de muertos que
seca la lengua,
desesperado por tragar
el sudor y semen de
tantos siglos.
No aguantas, viajero.

Las épocas son
un mapa de piel
quemada, la bahía
una puerta roja,
la mujer dorada
te espera en casa.

Con brisas ligeras, ves
tu hogar, desvistiéndola
como piel de cebolla,
humo y agua siempre
saliendo y entrando
por el techo de bálago.

Kathryn Mendez vive en West Haven CT y trabaja como directora de un centro de aprendizaje de lenguas extranjeras en John Jay College of Criminal Justice, CUNY. Tiene su maestría en español de Middlebury College y actualmente está estudiando en el programa doctoral de estudios hispánicos y luso-brasileños en el Graduate Center, CUNY.

Mariela Dreyfus

A Joëlle Guatelli-Tedeschi

Esto de aquí acontece en la cadera
pena que viaja del costado a la espalda
(baja espalda) arrastrando una pierna
à la Rimbaud llegar a esa colina donde
en las tardes brillantes se ve Africa. He
debido llegar a los 50 para huir de casa.
De nuevo *l'inconnu* me vuelve esquiva
de las cuentas de los hijos inmersa
en ese pozo donde al fondo de lo negro
arde el milagro. ¿A qué alude la calle de
Solera sino al sol sino a la sombra de este
día calcinado entre las piedras? Un perro
pasa a mi lado parece escapado de otro
tiempo un perro medieval que se recorta
ahoga su ladrido. Coger quizás la hoja
del romero y al borde de la acera
escuchar que una gitana le dice a otra
gitana: *El amor va y viene* y tras de sus
siluetas distinguir una aguda cadena de
montañas cubiertas de nubes o de nieve
(da igual).

¿De qué vale partir partirse el lomo
si ya el peso del ilíaco te pasma y
es un golpe de luz es un calambre
el instante en que agitas la mano y
adivinas en tus críos la mirada
que castiga tanto adiós? Ojo ajeno
del hijo que fue tuyo con olor a ternura
iba en tus brazos y ahora apenas camina
frente a ti sordo confuso sin mirarte
(esto es Varela). *Otra vez* dice una doña
cigarrillo en los labios yo discurro otra
nueva sacudida en las costas castigadas
del Japón una ciudad fantasma Fukijama
un rostro de mujer en primer plano
en medio del debris busca a su hijo. ¿Y yo
qué busco en esta callejuela que guarece
y sepulta tanta muerte diseño tan angosto
que si estiro los brazos toco ambos extremos
sin esfuerzo? Y pensar que cada mano mía
debería tocar otras dos manos que esta
libertad me precipita empiezan a girar todas
las culpas y la historia me encuentra rodeada
de cruces y de estacas juderías selladas
moros expulsados prestos cruzando el mar
para aparearse. Y sé que en mí están todas
las sangres (es Arguedas) y sé que deambulo
de una cita a otra cita de un verso a la canción
de cuna de la infancia y al voltear una esquina
de Granada veo el barrio de Lima color sepia
allí donde mi madre me conduce al centro
de ortopedia del Dr. Scholl.



Necesito una compresa *j'ai besoin
d'une pillule* una curita para apretar
el corazón y el dolor no desborde algo
que me devuelva en la penumbra
una tarta sabor de chocolate bordes
cremas y en el medio brillando deliciosa
la zarzamora de la felicidad. *¿Qué tiene
mi reina mora?* Así decía mamá y la copla
seguía *que a veces canta que a veces llora*
y entonces es difícil avanzar arrastrando
el pie izquierdo reposar el cuerpo en una
curva mostrando una falencia en la espina
dorsal. Saber que en este viaje puedo
perderlo todo cual Rimbaud el oro y el
moro la morada primera donde dos pares
de ojos ya me esperan donde dos pares de
alas vuelan ya frente a mí me sobrepasan.
Par délicatesse. J'ai perdu ma vie dice
el poeta y en esta tarde de afectos que se
quiebran como el cartílago el hueso
al caminar algo se extravía en una calle
por delicadeza.

¿QUIÉN HACE BROSTAR LA LLUVIA?

(Pina Bausch)

Mariela Dreyfus

Esta es una danza tú y yo
viajamos unidos como lapas
como percebes negros pegados
a la roca más grande más precaria
nuestra existencia sólo depende
del paso que daremos sobre esta
superficie aceitosa sólo la espalda
el plexo el sexo un vaho acuático
nos liga los brazos son aspas
los labios aspiran esta energía
que es tan intensa como velocidad
igual espacio sobre tiempo y sobre
ti y sobre mí las horas fluyen y
el espacio se acorta porque yo
me enrosco a tu cintura o tú reposas
en mi pecho y luego te deslizas
hacia el vientre y allí mismo yo
hago un círculo te ato a mi regazo
y es negro el paisaje las aguas
se revuelven y en ese remolino
tú me despojas de mi traje yo
me despojo del pudor somos
dos anfibios recién nacidos
arrastrando una cola que de pronto
es un ala nos eleva y sobre el peñasco
un sonido gutural como de ave
un croar de cuervo herido te
identifica me define y llueve a grandes
baldazos con gran frío el agua
nos roza y acaricia acaso hierve pero
no importa ni tú ni yo nos dejamos
caer salvo en esta inocente pasión
inofensiva como cuando te cubro

los ojos y te digo sigue la línea que baja
por mi nuca detente en la fisura de las
primeras vértebras palpa la cinta que ata
mi corpiño y en uno dos o tres segundos
infinitos yo me daré la vuelta y he
de mostrarte mis senos el oscuro pezón
que te arrebató y entonces tal vez caiga
de nuevo lluvia y una música alegre hará
que el ritmo descienda hasta las piernas
yo haré un plié ajustándote a mi pelvis y
tú elevándote unos centímetros irás
acariciando mi hendidura pero no dejaremos
de avanzar sobre la pista como si un hilo
desde arriba nos moviera y entonces uno
podría preguntarse de dónde viene quién
es el demiurgo que hace brotar tanta agua
desde el firmamento mientras nosotros
continuamos croando y tu cuerpo y mi
cuerpo inventan de nuevo una pirueta
y esta vez desde el vértice del ojo veo
tu sombra que por detrás me acecha
con la soltura suficiente para trepar con
nuestros pies batracios hasta una cúspide
que luce como la bóveda celeste pero no se
ve más que las tibias hebras de tu cabello
de mi cabello boca abajo te salpico me alejo
apenas tres pulgadas tres minutos para danzar
frente a ti seducirte o saciarte mientras tú
tampoco abandonas el movimiento más bien
aplaudes cimbreas las caderas y en ese instante

Mariela Dreyfus es una autora peruana que vive en Nueva York. Sus volúmenes de poesía incluyen: *Memorias de Electra* (1984), *Placer fantasma* (1993), *Ónix* (2001), *Pez* (2005) y *Morir es un arte* (2010). Ha coeditado el volumen *Nadie sabe mis cosas. Reflexiones en torno a la poesía de Blanca Varela* (2007), y el ensayo *Soberanía y transgresión: César Moro* (2008). Se desempeña como profesora de creación literaria en New York University.



tu torso ya desnudo siente mi abrazo y a esa hora en que no sabemos si el sol está por irse o volverá mañana o si acaso hay mañana en esta historia donde yo quiero detenerme fijar nuestra imagen de adoradas mangostas algún molusco tendría que definir nuestro deseo de andar así de a dos el mundo nunca tan cerca ni tampoco tan lejos que se me encoja el corazón de no encontrarte en ti he hallado el perfecto acoplarse de los cuerpos la copla que te canto cuando la llovizna se acelera y es esta cópula nuestra única heráldica el escudo que nos libra de todo tedio húmedos en el tiempo ardiente amor.